

## SUBSCRIPCIÓN

En la Capital... 0,75 céntimos trimestre

Fuera de ella... 1 peseta ídem.

En el extranjero... 1,25 ídem.

Número suelto 5 céntimos

Se admiten anuncios, esquelas de defunción y recordatorios á precios convencionales.

## EL SALMANTINO

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FRANQUEO  
CONCERTADO

Administración

CORRILLO, NÚM. 1.

SALAMANCA

A donde se dirigirá toda la correspondencia.

No se devuelven los originales.

AÑO IV.

Jueves 3 de Febrero de 1910.

NÚM. 121.

Inauguración  
del Círculo Tradicionalista

## Elocuentes discursos de Vivigo y Senante

Grandioso, colosal, superando á nuestras mismas esperanzas, verificóse ayer la inauguración del Círculo Tradicionalista. Nunca pudimos soñar un éxito tan grande, nunca pudimos creer que el acto de ayer llegara á tener la resonancia que alcanzó. Luengos años hacía que en Salamanca no se verificaban actos de esta naturaleza; ni se oían en público los acentos de la verdad, expuestos con valentía sin igual, con elocuencia maravillosa, con entusiasmo indescribible.

El acto de ayer no ha sido uno de esos actos que no pasan de recrearnos; que, cual cometas fugaces, cruzan el espacio dejando tras sí una estela luminosa que á los pocos días desaparece sin dejar huella alguna. No: el acto de ayer es de los que quedan grabados con letras de oro en los fastos de la historia de una ciudad; es de los que llegan al alma dejando impresas en ella las huellas de la verdad, de esa verdad á la que no pueden resistir las inteligencias, sino que se hace dueña y señora de ellas; de esa verdad que sólo puede ser rechazada por corazones mezquinos, pequeños, incapaces de nada grande, y esclavos de sus propias conveniencias; *cujus Deus venter est*, que decía San Pablo.

Juveniles entusiasmos, nacidos al calor de un corazón caldeado en la fe de Cristo, traducidos en palabras de fuego, que brotaban de los labios del señor López Vivigo, y dichos con la valentía y denuedo del que está dispuesto á dar la vida por su Fe y por su Patria, conmovieron nuestros corazones, excitaron nuestros entusiasmos, y el público en bravos, aplausos y ovaciones compartía con el orador aquellos hermosos sentimientos, tanto más arrebatadores, cuanto que salían de un pecho juvenil, de un corazón grande, que pone al servicio de la Causa Católica cuanto vale y cuánto puede.

Levantábase más tarde el elocuente diputado Sr. Senante, y una hora estuvimos pendientes de sus labios, sin cansancio, sin fatiga, escuchando la voz de la verdad; y su maravillosa elocuencia y su lógica contundente puesta al servicio de doctrinas salvadoras, disipaban las sombras de nuestros entendimientos; y aquellos acentos persuasivos, aquella claridad meridiana en la exposición, aquella fe ardiente de católico ferviente y convencido, iluminaba nuestras inteligencias, y llegaba á nuestros corazones, conmoviéndolos, arrastrándolos y haciéndolos vibrar de entusiasmo. Aquella argumentación contundente que combatía hasta en sus últimas trincheras el liberalismo, que desmenuzaba y reducía á polvo el castillo del partido conservador, sin dejar una pie-

dra sobre otra; aquellos hechos expuestos con elocuencia soberana, que prueban hasta la saciedad la funesta labor, la destructora obra realizada por el partido liberal-conservador, llevaba al público raudales de luz, y el público electrizado, convencido, prorrumpla en delirantes ovaciones, se levantaba de sus asientos y con sus bravos, y sus gritos de entusiasmo, animaba al elocuente diputado á proseguir su tarea.

Imposible comentar hoy discursos tan elocuentes; imposible detenernos á encarecer la importancia de doctrinas tan salvadoras como las expuestas anoche. Labor que dejó para otro día será esta; hoy los lectores querrán mejor saborear los discursos de tan elocuentes oradores y más les agrada su lectura que cuanto yo pudiera decir.

Solamente añadiré que á tan bello acto sirvieron de marco artístico que lo realzó más y más, aquellos faules de una poesía rica, sonora, inspirada por la musa feliz y genuinamente católica de mi amigo Arenillas, cuyas alabanzas en mi boca pudieran sonar á lisonja y parecer hijas de la amistad; los acentos armoniosos de la música y el canto delicadamente interpretados; y por qué no decirlo? más que nada aquella concurrencia numerosísima, distinguida y entusiasta, en que se veían jóvenes, ancianos, personas de todas las clases sociales, y señoras y señoritas que han venido á demostrar que aun existe en Salamanca la raza genuina de la mujer española, de la mujer católica, de la mujer tradicional.

¡Quiera el cielo que la unión de los tradicionalistas salmantinos afianzada en el acto de ayer, sea próspera y fecunda para bien de la Iglesia y de la Patria!

JOSÉ M.<sup>a</sup> L. DE CLAIRAC.

## EL ACTO

A las seis y media hora designada para el comienzo de la Velada inaugural, el amplio salón del Círculo Tradicionalista, capaz para unas 700 personas, se hallaba completamente lleno. Los socios del Círculo con sus familias y numerosas personas invitadas al acto, entre las que se veían dignísimos sacerdotes, comisiones de PP. Jesuitas, Carmelitas y Capuchinos; doctos catedráticos, y personas de diversos partidos políticos, tan caracterizadas algunas por sus ideas liberales como los señores Pinilla (H. y C.) y el Sr. Requejo, ocupaban las localidades todas, realizando el acto la concurrencia de numerosas señoras y señoritas.

A la hora indicada hicieron su entrada en el Salón y entre una salva de aplausos los oradores acompañados de la Junta Directiva del Círculo, de los Jefes provinciales de los partidos integrista y carlista Sres. de Lamamié de Clairac (D. Juan y D. Eloy) del Jefe re-

gional carlista D. Ildefonso Muñiz, y del diputado provincial D. Mariano Arenillas.

Ocupó la presidencia el Sr. Sánchez Mata, Presidente del Círculo, teniendo á su derecha á los Sres. Clairac (don Juan) Muñiz y Senante, y á su izquierda á los Sres. Clairac (D. Eloy) García Revillo, Presidente de la Juventud Jaimista y López Vivigo. Ocupaban los restantes asientos del estrado las comisiones de las Ordenes religiosas, el muy ilustre Sr. Deán, el canónigo Sr. Campamor, el Sr. Sánchez del Campo, los catedráticos Sres. Brusi, Miral, Amador (D. M. y D. E.) Requejo y Ruano, la Junta Directiva, los Sres. Arenillas y Prada y varias otras personas cuyos nombres sentimos no recordar.

El acto dió comienzo con la pieza á cuatro manos *Olay Trigueros* de Grieg admirablemente ejecutada por los señores Ibarlucea y Uriarte, siendo premiados con aplausos.

A continuación el Secretario de la Junta Sr. Gil y Angulo dió lectura de las adhesiones recibidas de diversas entidades y personas carlistas é integristas de Madrid, Barcelona, Zamora, León, Palencia y Valladolid.

Y se levanta á hablar

## El Sr. Sánchez Mata

Mi alma rebosa de noble entusiasmo al contemplar el espectáculo que se da á nuestros ojos. Unidos nos vemos los hermanos, los que hemos hecho profesión de la misma fe, los que llevamos en el alma los mismos amores; los mismos que esta mañana realizábamos esa unión, recibiendo en la Sagrada Mesa, al que es vínculo de unión y de caridad, los mismos que esta noche proclamamos aquí que estaremos siempre juntos para defender los mismos ideales.

Santos y venerables ideales, engendradores de elevados y generosos sentimientos: el ideal religioso, el ideal de nuestra Fe católica, ese ideal dignificador que lo engrandece todo; el ideal de la Patria, de esta Patria querida, protagonista de la más grande epopeya que vieron los siglos, la epopeya de los hechos de gloria que presenciaron las montañas de Asturias, de los triunfos de la ciudad de Granada, de las hazañas grandiosas del Mundo Nuevo (*Aplausos*).

Por eso, nosotros, los que acariciamos esos ideales y estamos poseídos de esos sentimientos, venimos con santos amores á defender la Fe. Lo cual no es decir que nos creamos neciamente sus únicos defensores: la causa de Dios y de la Iglesia, está por encima de toda clase de exclusivismos. Pero sí es afirmar que hemos estado dispuestos, y lo estamos, y lo estaremos siempre, á defender con todas nuestras facultades, con todas nuestras fuerzas, con todo cuanto somos y valemos, la causa sacrosanta de Dios y sacrificaremos con gozo nuestra propia existencia en aras de nuestra Fe. (*Aplausos*). ¿Y quién podría arrebatarnos ese derecho? ¿No somos españoles? ¿No somos hijos fieles de la Iglesia? ¿Podrán impedirnos que defendamos á nuestra Madre? (*Bravos y prolongados aplausos*).

Por eso venimos también á defender la Patria, cuyo nombre está grabado con indelebles caracteres en nuestros corazones. Y la defenderemos, usando de cuantos medios estén á nuestro alcance, como protesta contra lo indigno de los ultrajes inferidos á nuestra querida España y como protesta contra las infamias de que se valieron para desgarrar el manto de realce, inmaculado, de la gran España tradicional. (*Grandes aplausos*).

Sin querer, he llegado á tocar algunos puntos cuyo desarrollo corresponde por derecho á los dos oradores á quienes valés á tener el gusto de escuchar y cuya presentación debo hacerlos.

El uno no la necesita. El Sr. Senante es un paladín decidido de la causa católica, batallador infatigable, siempre pronto á la lucha, allí donde el enemigo se preste al combate. (*Muy bien*).

Pronto oiréis su palabra elocuente y vigorosa, su argumentación lógica, contundente, irrefutable.

El otro os va á proporcionar una agradable sorpresa. Es un joven entusiasta, que os hablará con todos los ardores de la juventud, con todo el fuego de una alma lozana y hermosa, que vive solo dedicada al culto de Dios y al amor á la Patria, el culto y el amor que más emboblecen á los hombres. (*Muy bien*).

Y para no impedirnos por más tiempo que escuchéis tan autorizadas palabras, termino, concediendo al Sr. Vivigo la palabra.

## El Sr. López Vivigo

En verdad, mi emoción es en estos momentos tan grande, que solo el estar obligado á ello puede moverme á hablar. Por eso no haré, no puedo hacer otra cosa, que dar rienda suelta á mis sentimientos: sentimientos de amor hacia vosotros, que sois hidalgos por que sois castellanos (*Bien*); sentimientos de amor hacia vosotros, cuyos corazones dan frutos en sazón y son como los barbechos que amarillean en vuestras tierras, donde se oculta la fuerza creadora y fecunda, la que produce frutos de bendición en las doradas mieses (*Aplausos*); sentimientos de amor hacia vosotros, que sois amigos, más que amigos, hermanos míos, por que vivimos dentro de la misma comunión, esta comunión tradicionalista que va derramando olorosas florecillas por toda España, y multiplicándose cada día más, y extendiéndose de un modo prodigioso las semillas de las buenas doctrinas, que producen plantales lozanísimos de hombres vigorosos y robustos; capaces de oponer un valladar infranqueable á los avances de la ola revolucionaria. (*Los aplausos impiden terminar al orador*).

Vuestros aplausos me emocionan aún más y me embarazan. Porque vuestra decepción va á ser muy grande. En mí no vais á encontrar más que amor, amor entusiasta, firme y sincero, eso sí, á Cristo, Señor Nuestro, que murió por nosotros en la Cruz y nos salvó de la muerte. (*Aplausos*) Campeón suyo soy, y solo como tal campeón, podéis aplaudirme. (*Grandes aplausos*).

Además os hablaré solamente unos minutos, para que oigáis pronto la elocuentísima palabra del Sr. Senante, que es un caudillo, en vez de oírme á mí, que solo soy uno de los muchos que le seguimos de lejos en la defensa de la Patria y de la Tradición. Yo soy una planta pequeña en medio de la floresta exuberante y magnífica del tradicionalismo; yo solo tengo ideales grandes, de la Fe, que depositó en mí alma la gracia del santo Bautismo, que abracé después con entusiasmo grande, con entusiasmo de español, y que ninguna fuerza humana me hará perder, porque solo podrían arrancármela cuando me faltase el aliento y pasasen por encima de mi cadáver... (*Los aplausos impiden terminar al orador*).

Peró aun siendo así, pobre y pequeño, ya que me he puesto á hablaros, no quiero, no puedo callar. Porque este es tiempo de prestar atentamente el oído y hablar, como luego será tiempo de obrar y de llevar las ideas á la práctica. (*Bien*). Luego será tiempo de que salgáis de vuestras moradas y lo llenéis todo, será tiempo no de que vayáis á refugiaros en las escabrosidades y asperezas de los montes de Asturias, sino de que os apoderéis de las llanuras de España, y en ese mismo Madrid, donde se vieron inicua é impiamente derrocadas por poderes impíos y sin conciencia, levantéis de nuevo sobre el pedestal la Fe de nuestros mayores y la Patria de nuestra tradición gloriosa. (*Prolongados aplausos*).

Es tiempo de hablar, para decir á las distinguidas damas y á las bellas señoritas que con sus encantos son gala de esta fiesta, lo noble y grande de su misión: Si no hubiera mujeres en el mundo, no valdría la pena el vivir, ha dicho un autor. Porque las mujeres con sus sonrisas, con su amor, con su hermosura, nos infunden alientos para la lucha, inflaman nuestros corazones en santos deseos, nos ayudan á perseverar y derraman sobre las heridas que nos hicieron en sangrientos combates, el bálsamo regalado de los más delicados consuelos. (*Bien*).

Por eso, el beso ardiente de la madre es el mejor recuerdo del soldado que ha ido á defender en las guerras coloniales el honor de nuestra España. Por eso, cuando el espectáculo de las ambiciones y de las concupiscencias de viles gobernantes, indignos del poder, ha podido hacer flaquear el ánimo del soldado, el recuerdo del beso ardiente, lleno de locura amorosa de la madre, le ha infundido nuevos alientos. Y cuando en la lucha, el soldado español, caído en un campo desnutrido pero sobre tierra española, apretando con sus manos el fusil y viendo á lo lejos ondear la cara enseña de la patria, ha sentido la muerte acercarse, el beso de su madre ha vibrado en su alma, y besando el escapulario que su madre besó y regó de lágrimas, aún tiene fuerzas para pronunciar un ¡viva España! donde se funden el amor á su madre, á su Dios y á su Patria. (*Estruendosos aplausos*).

Es tiempo de hablar para que no se adormezcan los hijos de la madre España, de esta España depositaria fiel de la tradición, cuyos recuerdos gloriosos se levantan y salen hasta de sus últimos rincones para luchar contra los microbios matadores que exhala entre miasmas pútridos la infecta Francia, que otras veces nos arrastró al crimen y ahora quiere arrastrarnos y hacernos rodar por el fango (*Aplausos*); esa Francia corrompida como la Roma de los Nerones y Tiberios, la Roma que cayó lo mismo que caerá Francia, herida por el dedo de Dios en justo castigo de sus innumerables crímenes. (*Grandes aplausos*).

Y esta lucha es un hecho: en la prensa, en los libros, en las instituciones, en las costumbres, en todas partes la veis. Y esa lucha no es un fenómeno de hoy, un fenómeno aislado, sino un fenómeno social, de todos los tiempos. Y como siempre ha sucedido ahora también habrá el hombre providencial que sea instrumento de Dios; porque los hombres obran y trabajan, y el dedo de Dios dirige luego los acontecimientos humanos. Habrá un Alejandro Magno, un Carlo Magno, un Gregorio VII, un Robespierre, un Napoleón, que enfrenen las pasiones de los hombres, que dirijan la Historia, desarrollando y cumpliendo el plan de Dios.

Pues ante el caos que vemos, en la lucha que hoy libramos contra gentes infucas, que nos arrebataron nuestros derechos, que deslustraron nuestra Historia, que nos colmaron de ignominia, que se apoderaron, jellos pigmeos, del gobierno de una patria que en otro tiempo no tuvo límites en el mundo, también tendremos un regenerador. (*Aplausos*) Y los nuevos discípulos de Aquel que regeneró el universo, contribuiremos á la obra de regeneración. Y será nuestro programa regenerarlo todo, aunque para eso sea necesario derramar nuestra sangre, aunque para ello hayan de ensangrentarse los montes y las calles, aunque para ello sea necesario que resuciten héroes y heroínas de otra época de nuestra historia. Y levantaremos el pendón rojo de Castilla, y la bandera roja y guada de España, y la enseña azul de la Inmaculada, y marcharemos á conquistar nuestros derechos y nuestras tradiciones con las armas de la paz y las armas de la guerra; y moriremos, si es preciso todos, para que se pueda decir de nosotros como del «tercio de la sangre» de Rocroy, que se cuentan los muertos y

se sabrá cuántos eramos. *(Los aplausos interrumpen continuamente al orador, durante todo este párrafo).*

Lucharemos sin tregua ni descanso, contra nuestros enemigos, que son un conjunto de charlatanes, mentecatos y ridículos ambiciosos, en su mayor parte. *(Risas).* Y reconquistaremos nuestra libertad de conciencia, que Cristo quiere libre la conciencia, para que pueda volar hacia El.

Reconquistaremos nuestros derechos religiosos. En Francia han ido arrebatando a los católicos, por su culpa, poco a poco y sin tregua ni descanso todos los derechos, y hoy es una vergüenza el espectáculo que ofrece en el orden religioso y en el moral y en el social y en el político la nación vecina. Nosotros hemos hecho algo parecido, al dejarnos arrebatados muchos derechos que antes teníamos en nuestras manos, al tolerar los abusos y las ignominias de los poderes liberales, que no hemos reducido a polvo por indolencia; nuestros abuelos y nuestros padres fueron contemplando y la ruina de España está a punto de consumarse; sepamos nosotros hacer lo que no supieron nuestros padres. Y como muchos de ellos cayeron lanzando el canto de guerra y envolviéndose en el sudario de la tradición, así nosotros si no sabemos, si no podemos derrocar esos poderes, moriremos como nuestros padres, y nos sepultaremos en vuestras montañas y en nuestros valles envueltos en la bandera santa tradicional. *(Aplausos).*

Morir, morir antes que tolerar la libertad religiosa; morir antes que dejar que se menoscabe nuestra fe; morir antes que permitir a los gobiernos que arrebatan la fe del corazón de hombres grandes porque fueron hombres buenos y piadosos. No, mientras haya una mujer española, los españoles seremos católicos, porque lo son las mujeres españolas, y ellas proclamaron muy alto a Cristo y nosotros sabremos defender su fe y la nuestra, y seremos tal vez vencidos y caeremos, pero cayendo levantaremos muy alta sobre nuestras cabezas la cruz. *(Aplausos).*

¿Y cómo habíamos de consentir esto? ¿Cómo habíamos de consentir que nos fuera arrebatado el Crucifijo de vuestras escuelas, donde se debe enseñar la verdad pura del Cristianismo; de nuestros hospitales, donde está a la cabecera de los enfermos para recibir los últimos besos de los moribundos; de nuestros tribunales, donde debe presidir a la administración de la justicia, porque la justicia solo puede ser administrada en nombre de Dios; de nuestros hogares dentro de los cuales simboliza la unión de los heroísmos de la raza y de los más santos amores; de vuestras almas, que nacieron para vivir en Cristo y por Cristo y descansar a la hora de la muerte, en el reposo del Señor? *(Grandes aplausos).*

Ese Dios que bajó del Cielo, dejando la mansión de la serenidad infinita, para sufrir los ultrajes y las blasfemias y las irreverencias de los hombres, ese Dios, centro de nuestros amores, no nos lo dejaremos quitar. Y si de nuevo han de crucificarle y no podemos impedirlo, que nos crucifiquen con Él; muriendo habremos hecho entrega de vuestras vidas, pero abrazando el crucifijo con vuestras manos, él será la señal, la prenda más segura de vuestra dicha, de nuestro descanso en la mansión de la paz. *(Grandes aplausos).*

Luchemos, pues, en toda ocasión y momento, y adiestrémonos para la lucha, para que no alcancen nuestros enemigos la victoria y al quitarnos la Religión nos quiten nuestra España, la España tradicional. Porque como ha dicho muy bien el Sr. Menéndez y Pelayo, España fué nación por la Religión y por la Iglesia; sin la idea religiosa España no hubiera pasado nunca de ser un conglomerado de tribus enemigas y contrarias, y el día que perdimos nuestra fe nos dividiremos, nos destrozaremos unos a otros y dejaremos de formar una nación. *(Aplausos).*

No dejemos, pues, que destrocen nuestra España, que desgarran vuestras creencias y hieran de muerte nuestra fe. Y para eso, vosotros, jóvenes tradicionalistas haceros oír, no solo aquí, sino en las calles y en las plazas, y en las ciudades y en las aldeas, y que vuestra voz llegue a los últimos rincones de España; seguid el ejemplo de esas juventudes generosas de Asturias, de Cataluña, de las Vascongadas, de Navarra, de Galicia, de Valencia; reconquistad vuestra tierra y dominad en ella; abandonad los placeres y los deleites, dando libelo de

repudio a todo cuanto pueda embotar las armas que han de servirnos para el combate, como ha dicho el insigne Mella, y luchad, luchad hasta caer. *(Aplausos).*

Aunque no necesito deciros estas cosas, porque vosotros no sois de esos jóvenes esmirriados y enclenques, sin fe y sin ideales, sin músculos y sin sangre ineptos para todo como no sea para lucir con más ó menos garbo la cenefa abigarrada del calcetín. *(Risas).*

La juventud solo sabe soñar y es enemiga de las lágrimas, ha dicho María de Echarri; gusta del ocio, ha escrito Pérez Nieva; cuando pierde la fe, luz del alma, y el fuego sagrado de las creencias, se le presenta la vida como un desierto donde no hay un árbol bajo el cual cobijarse y donde al caer herido por la desgracia no se hallan oasis que renueven las fuerzas sino la desolación y el abandono que ayudan a morir, añade otro escritor.

Vosotros no sois de esa juventud; vosotros haréis la felicidad de España junto con la vuestra; os haréis el bien a vosotros mismos y se lo haréis a vuestra patria; iréis delante de los veteranos para sacrificar vuestras vidas, sabiendo que uno que cae es uno que vence y caudillo de muchos más. Vosotros no os entregáis como Tiberio a los placeres de Capri; vosotros no infamáis el beso de vuestras madres, refugiándoos en las casas del placer; vosotros sois la esperanza de la España futura. *(Aplausos).*

Pero no he comenzado a desarrollar el plan de mi discurso y veo que debo acabar, para no privaros más tiempo de oír la palabra elocuentísima del señor Senante.

¡Jóvenes, a la reconquista! Por todas partes nos rodean y nos atacan estos bárbaros modernos que nos han arrebatado los tesoros de la España tradicional, que invocan el derecho de gentes después de haberse hecho dueños hasta del pan de algún hijo del pueblo, que con el sudor honrado pretendió ganarlo y a quien no dejaron ni aun vivir en paz. Ha habido gobernantes que ni han sido dignos, ni españoles, ni hombres casi: a gobernantes de esos, vosotros los habéis de expulsar de los dominios del poder, para que no pisen más los infames, los asesinos la bandera española, para que no dejen a los apaches extranjeros que la pisoteen, porque la bandera española es un trapo, pero un trapo en que se halla vinculado todo nuestro ser, toda nuestra gloria, toda nuestra grandeza, un trapo que no debe servirles ni aun de sudario, porque serían los cadáveres de esos hombres demasiado mezquinos para un sudario tan venerable y tan grande. *(Atronadores aplausos).*

¡Jóvenes, no permitáis que nuestros enemigos triunfen! No permitáis que triunfe esa otra juventud que recuerda «Las Repúblicas» de Gabriel y Galán y los cadáveres viscosos de los zánganos en la colmena. *(Aplausos).* Que este Círculo nuevo abra en Salamanca una nueva era, en que viváis todos la vida de la España tradicional y hagáis vivir esa misma vida a muchos otros. ¡Es tan hermosa la vida! A ella nos convida la naturaleza con sus sonrisas y sus encantos; a ella nos convida la fe, excitándonos a obrar sin tregua, sin descansos, sin ambiciones, sin vanos deseos. ¡Es tan hermoso vivir, dice un personaje de Benavente y tan hermoso oír los aplausos a nuestra vida, que con gusto consentiría uno en estrellarse contra la pista del circo, por sentir que vive y escuchar los aplausos! *(Aplausos).*

Y muchas gracias porque me habéis dejado abriros mi alma, porque me habéis dejado entusiasmar y vivir con vosotros con esta vida grande, para la que hemos recibido fuerzas esta mañana en el Convinde Eucarístico y que nos llevará al definitivo triunfo. *(Aplausos).* Porque los hombres empleamos vuestras fuerzas, y Vos, Señor y Dios nuestro, las dirigís y las encamináis a vuestra mayor gloria. Dadnos el triunfo, Señor. Y si no queréis dárnoslo, y caemos en el campo de batalla, que sea, Dios mío, bajo las garras de los leones, no bajo las herraduras de los asnos. *(Aplausos).*

Y al caer, como sobre la arena llena de cadáveres y tinta en sangre de mártires resonaba grito inmenso, colosal, de júbilo y de confianza; que brote de nuestros corazones y suba a nuestros labios el mismo grito inmenso, de júbilo y confianza, colosal, que consagre nuestra vida y nuestra muerte; el grito unánime de «Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera». *(Una delirante ovación premió el trabajo hermoísimo del Sr. López Vivigo.)*

Aun resonaban los aplausos tributados al Sr. López Vivigo, cuando los pianistas antes citados empezaron un *Grande Valse Brillante*, de Chopin, cuya ejecución arrancó merecidos aplausos.

El Sr. Arenillas lee una inspirada poesía original suya que transcribimos a continuación:

### LA TRADICION

Yo inclino ante tí mi frente,  
Vida del sentir lozana,  
Sol que alumbras el presente,  
Agua viva, pura fuente,  
De mi patria castellana.

Tradición noble y hermosa,  
Amor de nuestros amores,  
Madre tierna y cariñosa  
Que amamantas cuidadosa  
La Fe de nuestros mayores.

Es tu cuna el patrio suelo  
De sangre y sudor regado,  
Es el solar venerado,  
Iglesia dintel del cielo,  
Hogar bendito y sagrado.

Tu aliento en la paz son voces  
Expansión de sanos gozos,  
Que en muelas, siegas y aradas  
Compusieron tus mesnadas,  
Las de la esteva y las hoces.

Es el ritmo sorprendente  
Del clásico de occidente,  
De Galán la poesía  
Que te veneró en torrente  
De celestial armonía.

Cruz y arado, fué su canto,  
Canto de paz y de amor,  
Por eso le quieres tanto,  
Por eso cubre tu manto  
La tumba de ese cantor.

¡Oh, tradición campesina  
De dureza diamantina!  
Eres buena y eres noble,  
Robusta como la encina,  
Arraigada como el roble.

En la paz yo te bendigo,  
Tradición; eres la España  
Que llevó siempre en su entraña,  
Germen de dorado trigo,  
Nunca germen de cizaña.

Brotan raudales de ciencia  
De tus peregrinos labios,  
Rica miel y dulce esencia,  
Alma mater de los sabios,  
Guía de la inteligencia.

En arte y literatura  
Tienes pasmos de cultura,  
Majestuosas señales,  
Católicas catedrales,  
Prodigios de arquitectura.

¿Y en la guerra? Tus pendones  
Llevaron siglos enteros  
Triunfantes por las naciones,  
Los más bravos campeones,  
Los más invictos guerreros.

Santiago te acaudilló,  
Y en cuanto el sol alumbró  
En la tierra y en el mar,  
Tu nombre, España, triunfó  
Por la Virgen del Pilar.

Y si en la hora presente,  
Menguada, triste, doliente,  
Lejos del favor divino  
Perdió España su camino,  
Y humillada está su frente;

Fe de Cristo, fe bendita,  
Tradición libertadora,  
¡Que vuelva la pecadora  
Sus ojos a Dios contrita,  
Y será otra vez Señoral!

Que minas hay en su suelo  
De filones regalados,  
Luz y calor en su cielo,  
Y para romper el hielo  
Trabajadores honrados.

Hay ejército sufrido,  
Duro, tenaz, aguerrido,  
Que hace honor a su bandera.  
¡Será España lo que ha sido  
Con sólo que España quiera!

Lucha y vence, Tradición,  
Y mira ante la opresión  
Que hay harturas de sufrir,  
Que hay anhelos de vivir,  
Y hay ansias de redención.

¡Oh, Tradición bendecida!  
De España eres alma y vida;  
Si tiende a tí su mirada,  
Ella será redimida  
Por la Cruz y por la espada.

El Sr. Arenillas escuchó grandes aplausos al terminar varias de las

quintillas de esta poesía, que agradó mucho a la concurrencia.

A continuación el joven D. Manuel Méndez, acompañado al piano por el señor Ibarlucea, cantó con un gusto irreprochable y con extensa y bien timbrada voz, un trozo del Prólogo de *Pagliacci*, de Leoncavallo.

### El Sr. Senante

*(Al levantarse a hablar es acogido con una estruendosa ovación).* No creáis señores, que esos aplausos, prueba palpable de vuestra gran bondad, han de hacerme desarrugar el entrecejo. Porque yo quería haber tributado toda clase de aplausos a los organizadores de esta fiesta, y voy a tener que mezclar con ellos alguna censura. Y he de tributárselos, ciertamente y muy sinceros, por la idea y la fundación de este Círculo; como he de tributárselos uniéndome a todos vosotros, al inspirado poeta Sr. Arenillas cuyas estrofas arrebatadas han levantado vuestros corazones, a los jóvenes artistas que han halagado vuestros oídos y vuestros sentimientos con la deliciosa música que tan sabiamente han interpretado, y al orador Sr. López Vivigo, que merece todos mis plácemes por el fuego arrebatador que Dios le ha dado para que lo ponga en sus discursos, y sobre todo porque sabe poner todas sus excelentes dotes al servicio de la santa causa de Dios. *(Aplausos).*

Pero tengo que reservar una censura, por haberme traído a mí a este sitio para que cierre esta solemne velada tan indignamente, como yo puedo cerrarla. Y no es esto falsa modestia. La victoria y el conocimiento de sí mismo son cosas muy difíciles: yo no me precio de conocerme bien, pero sí de conocerme lo bastante para saber que en este concierto de tan bellos acordes, yo solo voy a ser la nota que esté fuera de su lugar.

Porque yo nunca supe tejer coronas delicadas de flores que exhalen olorosos perfumes, oraciones de fiestas académicas: nunca tuve más mérito, si hubo en mí alguno, que el de dejar a mi corazón asomarse a mis labios, ni supe emplear las armas de los torneos sino las de los combates, ni luché sino en la arena candente donde se muestra la verdad escarñecida por la mentira, cuando ésta, revistiéndose con el manto de los sofismas, aunque no llegue a empañar el resplandor de aquella, ciega a los hombres, los aparta del recto camino, y los lleva a la ruina. *(Aplausos).*

Por eso mi palabra malsonante, áspera, tosca y ruda no parecerá bien en este concierto de armonías que os han producido tantos entusiasmos y tan gran deleite.

No esperéis, por tanto, de mí un discurso, sino un grito de combate. Y de aliento, si lo necesitáis; aunque no debéis necesitarlo, porque demostraríais tenerlo al dar esta fiesta, si no hubierais demostrado antes en cien casos y últimamente en las elecciones que estáis dispuestos a defender con entusiasmo y con fe la causa de Dios que es la causa de España. *(Aplausos).* Dejad que en mi lenguaje rudo y claro os hable de «cuestiones palpitantes», de cuestiones políticas. Porque en el terreno de la política es donde se nos presenta la batalla y donde tenemos que luchar; como quiera que ahora y siempre, ese ha sido el terreno abonado para la lucha entre los hijos de Dios y los hijos de las Tinieblas, y porque en ese terreno está empeñado hoy el combate, combate reñidísimo al cual tendréis que acudir desde este Círculo que habéis hecho bien en fundar, puesto que aquí podréis templar vuestras armas. *(Aplausos).*

Se están negando en nuestra sociedad los derechos de Dios, al cual han arrojado del baluarte de la política; para reconquistar esos derechos, del baluarte de la política nos debemos apoderar. Y no cabe, aunque algunos ilusos lo crean, otra solución. *(Aplausos).*

Que han arrojado a Dios de la política—y entiendo aquí por política el arte de gobernar a los pueblos, no el de satisfacer las ambiciones personales y el de consentir toda clase de intrigas, ambiciones, infamias y arterías—es evidente. Si tenemos que lamentar la más espantosa anarquía en el orden industrial; si la familia que es la célula de la sociedad, está amenazada de muerte entre nosotros, como lo está en Francia, de cuya nación han sido los gobiernos españoles ridículos imitadores; si han subvertido en España todo lo que se refiere al orden de la sociedad, lanzando a la lucha enemiga al capital contra el trabajo, haciendo de los que son hijos de Dios,

enemigos encarnizados é irreconciliables, disponiéndolo todo para una conflagración universal—muy cercana y muy horrible, por lo mismo que será social y no dejará piedra sobre piedra, y llegará a lo más hondo y más profundo de la vida de la patria, a sus entrañas mismas;—si se oyen voces angustiadas en todas partes, pidiendo que se acuda al socorro de la sociedad víctima de tantos trastornos, que se organicen la defensa y la acción; si todo esto se ha hecho, y todo eso se escucha y todo eso se pide es porque se ha abandonado el baluarte de la política, porque nos arrebataron nuestros dominios en ese terreno, y dueños del terreno político, pudieron disponer del orden social a su antojo y tratarlos como esclavos. *(El orador es frecuentemente interrumpido por grandes aplausos al pronunciar este párrafo).*

En efecto, si no se hubieran apoderado de la política, de ese poderoso baluarte, no hubieran podido deshacer los gremios, ni el régimen social, ni el régimen de la propiedad, ni lanzar los obreros al mercado como vil mercancía sujeta a la ley infamante de la oferta y la demanda, ni convertir el organismo todo de la nación en un caos confuso, en un deshecho de leyes inútiles y deshilvanadas, atentatorias contra todo derecho social. *(Aplausos).*

Luego si queremos reconquistar nuestras posiciones en el terreno social, destruir la mala obra de los malos partidos que han escalado las alturas del mando, y volver a la España de los días de gloria, ataquemos los males sociales sin tregua ni reposo, ataquemos las consecuencias, pero no seamos cándidos, no nos crucemos de brazos en lo que se refiere a la política madre de todos ellos, y dirijamos nuestros más rudos ataques, nuestros más despiadados golpes a esa malaventurada política que es el principio y la causa; seamos hombres de política, además de ser hombres y antes de ser hombres de acción social. *(Grandes aplausos).*

¡Ah! Nuestros enemigos, los enemigos del orden cristiano han sido muy audaces y atrevidos, pero han sido también muy arteros y falsos. ¿Qué tiene que ver la religión con la política?, dicen oportuna é inoportunamente a derecha é izquierda. Y hay gentes cándidas como palomas en quienes tales palabras pronunciadas a veces por labios respetables, han hecho mella. *(Aplausos).*

Pero ya no la harán, no habrá quien se deje incautamente seducir. Porque la política, os decía antes, comprende todo cuanto se refiere a la gobernación de los pueblos, y en la gobernación de los pueblos lo primero es la Religión. Porque el hombre ó no tiene religión ninguna, cosa que no pueden admitir los partidarios de la separación entre la religión y la política, ó la tiene, y entonces la religión influye de tal modo en la política, que no hay asunto político en que directa ó indirectamente no entre en juego el principio religioso, como que el hombre en todos sus aspectos y relaciones siempre aparece como dependiente de su Creador. *(Aplausos).*

Con esto la acción política cristiana, ha sido muy débil durante algún tiempo. Y si las razones anteriores no demostraran las tristes consecuencias de la falta ó debilidad de la acción política cristiana, bastarían para demostrarlo las ruinas y estragos que aparecen ante nuestros ojos. Porque ¿cuál ha sido la causa de tantos trastornos como lamentamos, de este malestar que pregonan todos los organismos sociales en muchas naciones modernas y especialmente en España porque a nosotros nos interesan ahora solo las cosas de España?

España dejó de inspirarse en lo que fué, es y será el cimiento y la base de su constitución verdadera, la constitución orgánica que está en su misma esencia, en su ser íntimo. Porque solo es eso la constitución verdadera de un pueblo, y no lo son nunca, aunque se empeñen los gobernantes, las constituciones que escriben en papeles ligeros que se los lleva el viento: en la constitución verdadera de un pueblo van envueltas sus grandezas, sus glorias, sus tradiciones, sus recuerdos, las hazañas de sus héroes, las creencias religiosas de los antepasados, la fe y el alma nacional; y esa constitución verdadera está escrita en la realidad de la vida, en los sentimientos de los corazones, en la sangre de las venas y en el carino de las familias y los hogares. *(Aplausos).*

España, os digo, fué infiel... No España, ¡pobre España!; algunos españoles ó mal aconsejados, ó perversos,

ó miserables é indignos de llevar el nombre de españoles, aprovechándose de la apatía de nuestro pueblo, lograron desfigurar esa constitución orgánica é íntima de nuestra patria, su verdadera constitución, y olvidándose del principio constitutivo, esencial y necesario de toda legislación que merece ese nombre, se divorciaron de la España antigua al inspirarse en principios contrarios á ella, en los principios de la escuela liberal. (Bien).

De la escuela liberal, he dicho. Que aun cuando habréis oído que eso del liberalismo es cosa de gente de sacristía y arrimada á la cola, es porque muchos, aun de los mismos que se llaman liberales, no saben qué es liberalismo. (Aplausos).

El liberalismo—que lo sepan los que no lo saben—la corcoma roedora de nuestra España de hoy, no es en su esencia sino la rebelión del hombre contra Dios en todos los órdenes y hablando de política, en el orden político. Por eso, al decir el Estado que la nación no tiene nada que esperar de Dios ni de su Iglesia, el Estado se ha hecho liberal, y cuantos han defendido la constitución liberal del Estado hánse hecho reos de liberalismo. Y por ignorancia de esto muchos se llaman liberales sin saber lo horrible del crimen que cometen, horrible como crimen contra Dios y horrible como crimen contra la constitución orgánica de España. (Grandes aplausos).

Y de este principio político, de este error y este crimen han salido todos los males. ¿Cuándo, señores liberales, si hay alguno que me escuche—y advierto que quiero guardar toda clase de respetos á sus personas y ataco solo sus doctrinas—cuando, poniendo la razón en su sitio, la enseñanza fué cosa del Estado, esa función primordial, propia de la familia, que compete al padre, porque solo el padre tiene el deber de enseñar—que según nosotros, los reaccionarios, ante todo tenemos deberes y de los deberes nacen nuestros derechos para poder cumplir el deber? (Bien). Al deber de educar é instruir al hijo—como al de alimentar su cuerpo—corresponde el derecho correlativo del padre á educarle é instruirle. Y á la Iglesia corresponde también el derecho de iluminar las inteligencias y guiar á los padres, porque la Iglesia tiene el deber de enseñarnos la verdad. (Aplausos).

Pues bien ¿qué ha hecho el estado liberal? Primero se llamó amigo de la luz y del progreso, y dijo que la enseñanza era incumbencia suya, y se abrogó la facultad de enseñar. Luego avanzó un paso y no dejó á los padres ni á la Iglesia que se entrometieran en ninguna cuestión de enseñanza, y entonces proclamó el laicismo. Luego dió un paso más, y declaró la enseñanza obligatoria, y fué obligatoria la enseñanza sin Dios. Eso ha hecho el Estado liberal en Francia, y esos caminos ha empezado á seguir en España. Y el despojo del derecho de los padres es un despojo más del Estado que ha cometido todos los despojos, el Estado liberal. (Aplausos).

Llamaron al siglo pasado siglo de las luces, y de las luces llamaron acaso al presente, cuando, merced á la acción desorganizadora del liberalismo, la ignorancia aparece revestida de oropeles y nuestras Universidades son según la frase de Mella, «cirios que alumbran el cadáver de la ciencia española». Cuando no había liberalismo en España, en nuestros tiempos de barbarie, las Universidades españolas eran luz del mundo y hasta en lo exterior de los edificios brillaba su grandeza, como sucede con vuestra hermosa Universidad, mientras en los tiempos civilizados modernos se han convertido los templos del saber en cuarteles ó en oficinas públicas, ó en ruinas cuyos restos vemos esparcidos aún. (Aplausos).

Pues bien,—y dejando otras muchas consideraciones que podría exponer sobre este solo punto de la enseñanza—en los demás sucede lo mismo que en este, todo esto es obra de los malos gobiernos, y los gobiernos son obra de la política liberal, que no anda en España ciertamente por los aires, como el alma de Garibay (Risas), sino encarnada en los partidos políticos. (Aplausos).

(La falta de tiempo y espacio nos impide extractar los hermosos párrafos que dedicó el orador á hablar de lo que significa esa palabra de «partidos» políticos, partidos... ó «partidas»).

Forman en esos partidos, á la cabeza, los que hacen un modo de vivir de la lucha y oposición constante de las fuerzas vivas de la nación, engendrada por los mismos partidos; y en el núcleo, muchos hombres de buena fe, algunos amarrados al yugo de sus jefes—que no basta escribir en un papel para pegarlo á las esquinas, la palabra libertad, sino sentirla y poseerla. Más libertad que ahora, cuando nos llenamos la boca llamándonos libres y tenemos una especie de Cortes donde toda verdad y toda evidencia pueden ser combatidas, había en aquellos tiempos en que nadie se acordaba de pregonar la libertad, pero las Cortes eran verdaderas Cortes, representación genuina de las fuerzas vivas de la nación y no de los partidos políticos; en las cuales se hablaba poco y se hacía mucho, y que no luchaban contra débiles mandarinés, sino que sabían mantenerse firmes frente á los reyes, aunque esos reyes se llamasen Carlos V y Felipe II. (Aplausos).

Contra esos partidos debemos pues luchar, si queremos hacer algo práctico y de positivos resultados, aunque sea á costa de nuestro sosiego y conveniencias personales: esa debe ser nuestra acción política. Y ¿cuáles serán esos partidos? Todos cuantos se llaman liberales: á confesión de parte... Aun que se llamen partidos de la derecha ¡buenas estarían esas derechas, si no hubiera quien las enderezase!, porque es muy de notar que el partido conservador en todos sus actos, en sus candidaturas, en su prensa no se cansa de decir que es liberal-conservador, antes liberal que conservador. Después de las palabras de Gregorio XVI y de Pío IX; después de las palabras de León XIII, quien ha dicho que no hay dos liberalismos, uno malo y otro bueno; después de la frase de San Agustín, de herejes ni aun el nombre, ¿necesitamos algo más? (Aplausos).

Pero algunos se refugian en el sofisma de que ellos no cooperan al error filosófico liberal, aunque militen en las filas de uno de los partidos políticos liberales. ¿Pero no se extiende á todas las esferas ese error? Los que tal dicen ó son unos grandísimos cándidos ó unos solemnes... pillos. (Risas). Y aun concediéndoles mucho, podrá decirseles: acaso formalmente no estaréis dentro del liberalismo, pero materialmente por lo menos contribuis á darle vida y esplendor. (Bien). No se me quiera tapar la boca con aquello de que eso es lo práctico. Yo también soy partidario de lo práctico, pero lo práctico no es lo mismo que lo cómodo, lo tranquilo; y aun muchas veces lo práctico mismo es inadmisibile, si para ello es preciso ceder un punto en la defensa de los fueros de la verdad. (Muy bien).

Otros se escudan con la doctrina del mal menor. No trato ahora de la licitud de esta doctrina en ciertos casos aislados. Pero ¿cabe en España alegarla, refiriéndose á un partido liberal, cuando hay partidos católicos, netamente católicos en todas las ideas que sostienen: cuando la experiencia acredita en parte que si muchos hubieran querido abandonar las ollas de

Egipto y preferir las molestias de la lucha al descanso hace mucho tiempo que hubiéramos restaurado la España católica y tradicional? (Bien).

Y he de advertiros que todo lo dicho es aplicable al partido conservador, y á él más que á los demás partidos liberales en cierto modo, porque sin los partidos conservadores en España no se hubieran sostenido entre nosotros los partidos liberales avanzados. ¿Virrían hoy mismo en España los liberales, si todos fueran liberales á lo Lerroux? ¿Habría alguna persona decente que fuera liberal? Los partidos conservadores han consolidado al liberalismo en el poder. (Aplausos).

(Después el orador habla de la última etapa conservadora, demostrando su tesis con los hechos: los conservadores cerraron las escuelas lúicas por anarquistas, no por lúicas; La Cierva «el reaccionario» protestó de su amor á la libertad de conciencia; y «El País» echó las campanas á vuelo al crear el Ministro de Instrucción Pública, Sr. Rodríguez San Pedro, la Escuela Superior del Magisterio, lo que llamó dicho periódico la obra más positivamente lúica del liberalismo, y eso á raíz de los sucesos de Julio. Y si ahora se protesta para la no reapertura de las escuelas lúicas es porque estaban abiertas bajo la dominación del partido conservador).

Luchemos pues, unidos, los dos partidos tradicionalistas españoles, sin querer conseguirlo todo de una vez, luchando continuamente y ganando siempre terreno, que no es cierto que nosotros despreciemos lo bueno, queriendo lo mejor, sino que aceptamos lo bueno, pero sin cejar nunca en nuestro empeño de conseguir lo mejor. Luchando así estamos en nuestro perfectísimo derecho y cumplimos además con una sacratísima obligación. Luchemos en el terreno político, sin prescindir de la acción social—para la que tan sabias normas acaba de dar el Primado de España, pero advirtiéndole que debe ir separada de la acción política.

Y para la eficacia de nuestra acción política tengamos en cuenta que son necesarias dos condiciones. La primera que luchemos dentro de una de las comuniones—las nuestras son comuniones, no partidos—tradicionalistas. En los partidos, liberales habrá excelentes católicos, pero no hay bandera católica ni organización católica, y poco importan, si esto falta, los arreos vistosos y elegantes: por más que á la sombra de un árbol se cobijen muchos hombres buenos, los frutos del árbol, si éste es malo, malos serán. (Aplausos repetidos.) Y esta es la razón de que no sirvan para el caso—no hablo de su licitud, sino de su utilidad en el orden político—los centros de Defensa Social. Porque la práctica enseña que ó prescinden de la política, ó contribuyen al fomento de la política conservadora si pero liberal, ó son redes para coger á los incautos que se dejan cazar. (Risas y aplausos.)

La segunda condición necesaria para que nuestra obra sea fecunda es que nos unamos cuantos componemos las dos agrupaciones tradicionalistas. Las dos arbolamos la misma bandera donde figuran en primer lugar los nombres santos de Dios y de la Patria: de Dios, porque todo lo queremos por Dios y para Dios; de la Patria grande y tradicional, porque estamos dispuestos á defenderla hasta con nuestra sangre. (Aplausos).

En cambio debemos rechazar toda especie de unión con los partidos liberales: conciertos y uniones circunstanciales podremos admitirlas—lo contrario sería demencia—pero nunca contubernios ni alianzas que nos serían muy perjudiciales. Ni aunque nos digan que España cae, se derrumba, se muere; ni aunque nos amenacen con

dejar caer el peso de nuestra falta sobre nuestras conciencias: no les hagáis caso; es que quieren apuntalar los partidos políticos liberales, no es que quieran salvar á España. (Bien).

Pero nuestra unión sea íntima y completa. Yo siempre la patrociné, lo mismo cuando hablé á unos de ellos, como cuando hablé á todos los tradicionalistas españoles en Murcia, en Cataluña, en todas partes. Y no le diré á quien me pregunte qué ha de hacer, que se inscriba en el integrismo, le diré que se haga anti-liberal, si quiere trabajar por el engrandecimiento de España. Todos nosotros ponemos sobre nuestra cabeza los intereses de Dios y de la Patria todo lo demás es secundario ante tan grandes intereses: lo que importa, por lo tanto, no es ser carlista ó integrista, sino buen carlista ó integrista, profundo, esencial, radicalmente anti-liberal. (Grandes aplausos.)

El desarrollo de la vida nacional trajo consigo la formación de ambas agrupaciones, pero ya vamos uniéndonos en todas partes, ya estamos unidos. Reivindicaremos primero el reinado social de Jesucristo—aunque se burles de esto muchos grandes hombres de la izquierda... y, lo que es peor de la derecha—y ese reinado será un hecho cuando desaparezca la escuela lúica, cuando la familia se vea libre de las intromisiones del poder civil, cuando la Iglesia disfrute de todos sus derechos, cuando se respete en la familia, en la sociedad, en el individuo, la ley de Dios, que holló el liberalismo. (Aplausos). Restauraremos á nuestra Patria con sus gloriosas tradiciones; con la independencia de sus regiones, para que podamos vivir todos y cada uno de nosotros como Dios le hizo según el lugar donde nació; y dando, de este modo unidad más perfecta que la de ahora á nuestra Patria, unidad que consolidaría el abrazo de madre de la unidad católica. Y todos viviremos con verdadera libertad é independencia, sin partidos, sin luchas de pueblos contra pueblos, de barrios contra barrios, de gentes de la izquierda contra gentes de la derecha, que son los dones con que nos ha favorecido la carcoma liberal. (Aplausos).

Algo hay, en verdad, que distingue á nuestras dos agrupaciones. Pero no las separa. Porque nosotros aceptamos lo vuestro si en los designios providenciales está dispuesto que siga por tales derroteros la obra de la redención de España, y llegando ese caso estad seguros de que no sería nuestra sangre la que se derramase la última junto á la vuestra, si sangre se hubiera de derramar. (Nutridísimos aplausos).

Y voy á terminar con palabras de aliento y de gratitud para todos vosotros, y especialmente para las distinguidas señoras y señoritas que me escuchan. Y quiero advertiros á vosotras que también es muy importante en la política la acción de la mujer. Con decir esto, no quiero defender ninguno de esos feminismos modernistas que se complacen en arrancar á la mujer, perla del hogar, del santuario de la familia, para lanzarla en las cenagosas corrientes del mundo. Pero desde vuestros hogares podéis hacer mucho por la causa de Dios. Donoso cortés, en su discurso sobre la Biblia, dice que habiendo creado Dios su obra más perfecta, el hombre, viéndolo solo se compadeció de él y creó á la mujer, dándole la misión de consoladora, y conservándola á su lado aun después de arrojarlo del Paraíso para que le diera constante ayuda. Y además de hacerla auxiliadora del hombre quiso concentrar en una Mujer la misión de todas las mujeres, dándole la doble categoría de Virgen y Madre. (Aplausos).

Vosotras estáis encargadas de auxiliar al hombre en su peregrinación

desde la tierra hasta el Cielo y de alentarle cuando sufre algún revés, de excitarle á que continúe batallando en la defensa de los derechos de vuestros hijos hasta conseguir el triunfo,—que no es del que empieza la obra, sino del que en la obra persevera. (Bien). Vosotras estáis encargadas de una función que podríamos llamar negativa, la de no impedir que vuestros esposos, que vuestros hijos, que vuestros padres se lancen á la lucha política y peleen como buenos. Vosotras debéis cumplir la misión de excitarles á que acudan al palenque, á que agoten en la defensa de Dios y de la Patria todos sus esfuerzos. Y sino lo hacéis así, vuestra será la culpa. Y si luego veis vuestros cristianos hogares destruidos, y si luego os arrebatan vuestros hijos para llevarlos á la escuela laica, y si luego os impiden proclamar en público el santo nombre de Dios, no culpéis á vuestros maridos, á vuestros hijos, á vuestros padres, culpados á vosotras mismas que no cumplisteis como debíais. (Aplausos). Aunque por ese lado no tengo ningún temor: la mujer española es valiente y heroica porque es cristiana, y seguirá siendo cristiana siempre. (Aplausos).

Obrando así todos cumpliremos con nuestro deber, marchando como Pío X acaba de recomendar con la frente alta y la cara descubierta, sin atenuar ni modificar nuestras doctrinas ni nuestras intenciones, con la bandera desplegada al viento. Si triunfamos ¡bendito sea Dios! de quien es el triunfo, y si perecemos habremos cumplido como buenos, y tendremos tranquila nuestra conciencia ante el tribunal de Dios y ante el tribunal de la Historia. (Una ovación entusiasta, delirante, acoge las últimas palabras del orador, que es felicidísimo por todos).

### Final del acto

Los jóvenes entonaron el *Guernikako Arbola*, que fué escuchado en pié por toda la concurrencia. Eran las nueve y cuarto, cuando terminó la velada, abandonando el local el público sumamente complacido.

### Un detalle

En la calle de la Fé un numeroso grupo de gente que no poseía entradas estuvo escuchando junto á la puerta del Círculo el discurso del Sr. Senante, cuya potente voz se hacía oír perfectamente fuera del local.

### Visita al Prelado

El Sr. Senante acompañado del señor Clairac (D. Juan), visitó esta mañana al Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis, por el que fueron recibidos con gran afabilidad.

### Un banquete

La Junta Directiva del Círculo obsequió á los forasteros con una comida en el Pasaje; asistiendo los señores Senante, Muñiz, Vivigo, Lamamié de Clairac (D. Juan, D. Eloy y D. José María), Sánchez Mata, Arenillas, Ortiz, Gazapo, Muñoz y Gil Angulo.

### La despedida

En el tren de las tres de la tarde salieron respectivamente para Madrid y Valladolid los Sres. Senante, Muñiz y Lopez Vivigo, siendo despedidos en la estación por numerosos amigos, que al arrancar el tren, les tributaron entusiastas aplausos.

Imprenta Católica Salmanticense.

